

*La puerta angosta*¹

Libertad, don y misterio

1. *Yo vendré a reunir a las naciones de toda lengua. Vendrán y verán mi gloria*², dice el Señor, como acabamos de escuchar por medio del profeta Isaías. La tradición cristiana, ha visto en este texto, una alusión a la universalidad de la salvación. Se anuncia que algún día, se cumplirá ese deseo divino de que todos los hombres se salven por medio de Jesucristo. *Esta expresión –dice san Clemente Romano- preanuncia el día de la aparición de Jesús, cuando vuelva a rescatarnos a todos, a cada uno según sus obras*³.

En otro importante texto, san Pablo refleja la misma idea: *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*⁴. Pero entre la voluntad salvífica de Dios y la salvación concreta de cada uno de nosotros, se interpone el gran misterio de la libertad. Es un tema difícil que necesita muchos matices, pero indudablemente todos comprobamos a diario la realidad de la libertad. Así como de su buen o mal empleo. Notamos, por decir algo, que en esta vida, cosechamos lo que sembramos: si sembramos rosales, cosechamos rosas; si sembramos vientos, cosechamos tempestades.

Me acordaba anoche, preparando estas notas, ahora que estamos en el centenario del fallecimiento de Amado Nervo, su famosa poesía *En paz*, de la que escojo un par de estrofas:

*Muy cerca de mi ocaso, yo te
bendigo, vida,
porque nunca me diste ni
esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena
inmerecida;
porque veo al final de mi rudo
camino
que yo fui el arquitecto de mi
propio destino (...).
Amé, fui amado, el sol acarició mi
faz.
¡Vida, nada me debes! Vida,
estamos en paz!*⁵

¿Son pocos los que se salvan?

¹ Homilía en el domingo XXI del tiempo ordinario, ciclo C.

² Primera lectura, *Isaías* 66, 18.

³ *Epístola II a los Corintios*, 17, 4.

⁴ *I Timoteo*, 2, 4.

⁵ H. DE PORTUGAL, *Las mejores poesías de los mejores poetas mexicanos*, p. 91.

2. Ante el precioso don de la libertad y el peligro de su mal empleo, generación tras generación, los cristianos nos hemos hecho alguna vez la inquietante pregunta que un día le hicieran a Cristo y hoy se nos propone el evangelio: *Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?*⁶. O, en otras palabras: Señor, ¿cuántos se salvan?

Como en otros textos, Jesús no da satisfacción a cuestiones de mera curiosidad. Así por ejemplo, cuando alguien quiso saber el día de su venida al final de los tiempos⁷, el Señor más que responder al *cuándo* insistió en el *cómo*. Es decir, en la importancia, para salvarse, de perseverar en la lucha hasta el final⁸.

3. En el texto de hoy queda claro que al Maestro no le interesa revelarnos un *número* determinado de salvados, ni siquiera un porcentaje aproximado del mismo. Sino algo mucho más importante: el *modo* como se encuentra la salvación. Y, ¿cuál es ese modo? *Esfuércense –nos dice- en entrar por la puerta angosta*⁹. Como bien sabemos, Jesús en su predicación muchas veces compara el Reino de los Cielos a un espléndido banquete. Un banquete singular en el que, para entrar, se necesita una cierta preparación, un buen traje¹⁰. Es claro que no basta tocar la puerta y argumentar que antes hemos comido o bebido con Él. O que lo hemos acompañado mientras predicaba por la plaza.

¿Qué hacer entonces?, ¿cómo confeccionar ese traje?, ¿cómo entrar por *la puerta angosta*? Pues muy sencillo: cumpliendo sus mandamientos. *El que quebrante uno de estos preceptos menores y enseñe eso a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos –son palabras del sermón de la Montaña recogidas por san Mateo-; pero el que los cumpla y los enseñe, será grande en el Reino de los cielos*¹¹.

Ahora bien, esto que es muy fácil de decir, no es tan fácil de vivir. Sí, no es fácil, pero tampoco es tan difícil. El gran enemigo de nuestras almas, Satanás, se ha empeñado siempre en hacernos creer que la santidad es imposible. Algo como para habitantes de otro planeta, y no es así. Con la gracia de Dios y un poco de paciencia y perseverancia se pueden lograr resultados asombrosos. Y, vale la pena subrayarlo, ¡muy gratificantes!

El deporte corporal y espiritual

4. Hace muchos años, cuando cursaba mis estudios sacerdotales de filosofía y teología en Roma, y tenía una fuerte carga de trabajo, descubrí vitalmente, que una forma excelente de descansar era haciendo ejercicio. Exploré diversas opciones y me incliné por la carrera de media distancia (diez kilómetros). Pronto experimenté que, con relativamente poco tiempo, se obtenían resultados sorprendentes. Y así lo he hecho hasta el día de hoy. Recuerdo que por aquel entonces, un buen amigo, que compartía conmigo esa afición, me dijo: *Con la carrera pasa lo que con las drogas, pero al revés*. Y lo explicaba más o menos

⁶ Evangelio, *Lucas* 13, 23.

⁷ Cfr. *Mateo* 24, 3.

⁸ *Ibid.* 13.

⁹ Evangelio, *Lucas* 13, 24.

¹⁰ *Ibid.* 22, 3.

¹¹ *Ibid.* 5, 19.

así: Los que se drogan, obtienen, al parecer, un placer muy intenso por muy poco tiempo. Luego, sufren mucho por largo tiempo; cada vez necesitan más droga y cada vez obtienen menos placer y más efectos negativos. Los que corremos, por el contrario, sufrimos un poco al principio, pero por muy poco rato; luego viene una grata sensación que se prolonga por largo tiempo.

Lo he comprobado ampliamente a lo largo de mi vida de corredor. Y estoy seguro que algo semejante experimentan los nadadores, los tenistas, las bailarinas de ballet o los que tocan el piano. Hay que sufrir un poco, es verdad, pero luego se obtienen beneficios enormes y duraderos, satisfacciones inmensas. Los angloparlantes lo dicen con cuatro palabras: *No pain, no gain*; sin dolor no hay ganancia.

5. Y esto, evidentemente, se aplica a la vida espiritual, que es también como un deporte. Es la profunda sabiduría que se encierra en la invitación a entrar por *la puerta angosta*. Lo importante es decidirnos ¡ya! Hoy mismo. ***¡Mañana!: alguna vez es prudencia; muchas veces es el adverbio de los vencidos***¹², escribió san Josemaría. Y, también: ***Voluntad. –Energía. –Ejemplo. –Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos... (...). ¡Dios y audacia! “Regnare Christum volumus!”*** (Queremos que Cristo reine)¹³.

El evangelio nos invita hoy a perder esa pasividad, esa mala tranquilidad que a veces nos paraliza en la lucha interior, *tibieza*, podríamos denominarla. Y a lanzarnos con ilusión, como nos invita la oración colecta de la misa, a tener firmemente anclados nuestros corazones donde se halla la verdadera felicidad¹⁴. Que la Virgen de la Asunción nos llene de esperanza.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 25 de agosto de 2019.

¹² SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 251.

¹³ *Ibid.* n. 11.

¹⁴ Misal Romano, domingo XXI del tiempo ordinario, oración colecta.